

Teatro

Las cenizas de aquella década prodigiosa

'LOS HIJOS DE KENNEDY'

Autor: Robert Patrick. / Dirección y versión: José María Pou. / Escenografía: Ana Garay / Iluminación: Juanjo Llorens / Intérpretes: Ariadna Gil, Maribel Verdú, Emma Suárez, Fernando Cayo y Álex García. / Teatro Alcázar-Cofidis
Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

En lo primero que pensé al ver el título *Los hijos de Kennedy* fue en una novela de Vázquez Montalbán, *Yo maté a Kennedy*, una de las primeras de política ficción del inventor de Carvalho el detective privado que por primera vez aparece en la serie. La novela de Vázquez Montalbán, pura ficción, es más política. Y *Los hijos de Kennedy*, de Robert Patrick, es más realista y menos política. Dejémoslo en nostalgia y melancolía.

Más que el tema de la obra, lo que atrae es el tirón de las tres actrices

Los Kennedy son una familia muy 'shakesperiana' y eso es lo más teatral

Lleno hasta la bandera en el Alcázar-Cofidis; gozo de ver un teatro hasta los topes, sin la complacencia obligada de los estrenistas. Más que el tema en sí, de *Los hijos de Kennedy* atrae el reparto por el tirón de tres actrices capaces de hallar el punto de lo sublime: Emma Suárez, Ariadna Gil, Maribel Verdú. El asesinato de Kennedy no sé qué huella ha dejado en nosotros; nosotros y los personajes de este relato somos más hijos de

El Che, Luther King, la protesta de la Beat Generation, la Guerra del Vietnam –la guerra de todos nosotros la definió Manu Leguineche–, que del presidente de los EEUU Kennedy. John F. Kennedy está presente en todo el espectáculo por un cinematografismo recurrente que adultera el lenguaje teatral.

La familia Kennedy es de tragedia shakesperiana; y eso es lo más teatral de la cuestión, acaso lo que más y mejor debiera explotarse. Su política, su vida, sin quitarle importancia universal, tiene más de Eurípides que de otra cosa. Esta pieza tiene la virtud de recordarnos la década prodigiosa; cuando creíamos que éramos capaces de incendiar el mundo, lo cual era muy fácil, y hacerlo renacer de sus cenizas; lo cual ya no fue tan fácil.

La muerte de los Kennedy, asesinados, tuvo la virtud de dejar con el culo al aire la historia negra del Imperio –retratada hace poco por un Oliver Stone implacable– que corre paralela a la historia de las mafias, la fabricación y comercio de armas. Fue en verdad una década prodigiosa y nuestros héroes musicales, los iconos de un mundo incendiado, se nos fueron muriendo de sobredosis, de una vida a tope y de desesperación irrevocable.

Un magnífico relato que se muere en escena porque se queda en eso, en relato. Cinco soliloquios, cinco discursos estáticos cada uno por su lado, salvo cuando Fernando Cayo quiere parecerse a Javier Gurruchaga de la Orquesta Mondragón. Tres actrices maravillosas y dos actores un poco menos maravillosos pero valederos: el ímpetu de Álex García, el histrionismo, gozosamente amanerado en ocasiones, de Fernando Cayo. El estatismo del montaje condena las posibilidades de un argumento que prometía mucho, que promete todavía a poco que la dirección enmiende esa narratividad que lastra el desarrollo escénico.